

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

AL DIA

MASCARADA

«Murga hambrienta y sedienta» decía un cartel de humorística mascarada que ayer recorrió esta capital; y los comentarios á que se presta son tantos que renunciamos á hacerlo.

No murga hambrienta si no España hambrienta y sedienta, debiera ser lo que el cartel dijese, con apetitos y necesidades que son tan conocidas como necesarias.

Ni antes ni ahora, dentro de la época contemporánea, hemos tenido satisfechos nuestros deseos; lo que una mascarada pueda pedir para una región ó para una provincia, sirve muy bien para la nación toda, que tanto de todo necesita.

Si los gobiernos, mascaradas imprescindibles en todos los países y en todo régimen, presenciaran algo parecido á lo que anoche vimos, es indubitable que lo desearían por sabido, pero nunca lo tendrían en olvido por que los locos como los niños, dicen la verdad, y el Carnaval, rey de la locura, hace decir muchas verdades.

MI HOJA DIARIA

Mi mascarita que ha ido al baile con intención expresa de encontrar con su bebé, no halla lo que desea; su ánimo decae; el bebé que quiere entorpecerla, cuya cara oculta el antifaz, no aparece. ¿Qué será de ella!

Hace como que baila, se mueve, se agita, se esfuerza por matar su pena; pero aunque lo hace, la monotonía de su alma es patente. Un desengaño más; una promesa no cumplida, una cita de amor protegida por la carreta... y el bebé no se presenta. ¿Para qué esperar un minuto si al fin no vendrá! Al salir la mascarita; su bebé alegre y juguetón del brazo de dos japositas, la advierte; larga y descomunal carcajada; salta vertiginosamente; huyen tras él las japositas; la mascarita; la pobre mascarita hace trizas su carreta, sus cabellos rubios, sus adornos y sale á la calle para llorar en el sosiego de la noche, la traición al cariño que dijo profesarle el bebé alegre y ju-

guetón que acompañaba á las dos japositas.

C. MARTINEZ PARRA.



El primer baile de carnaval que antes de anoche se celebró en el elegante y espacioso salón del Casino, fué de los que dejaron nombre por lo animado que estuvo.

La belleza de las mujeres, se asemeja tanto á la idealidad, que es imposible que pueda describirla con perfección el más eximio poeta, ni darle colorido tan sublime, el pincel del más ingenioso pintor.

¿Qué hacer yo que ni una ni otra cosa soy, para ponderar y alabar el encanto de las preciosas señoritas, que una con sus esbeltos tallos, otras con sus bellísimas caras, y otras con sus bonitos disfraces, y todas con la alegría propia de la juventud, que contribuyeron á embellecer y animar el baile celebrado el domingo en nuestro aristocrático Casino?

Creo que lo más acertado, es citar sus nombres, pero siempre incurriendo en el defecto de dejar alguna sin mencionar, no por olvido, sino por la mucha confusión que en estos casos ocurre.

Bellísima como siempre Josefina Narbona, Pepita Hernández, Adela y Amalia Peñafiel, Lola Pérez Marín, Teresa y Rafaela Fontes Stárico, Emilia Franco, Lola Vinadel, Concha Pinar, María Nolla Sandoval, Luz Gonzalo, Manuela y Carmen Alcázar, María Hernández Montesinos, Hortensia y Marina Manresa, Teresa y Manuela Icabalceta Guirao, Pura Pato, Enriqueeta y Fuensanta Fuster y Fontes, Luz Cayuela, Remedios y Aurelia Navarro, Concha Ibáñez, Teresa Boronat, Matilde Gallego, Felipa Lumeras, Pepita y Amalia Castillo y las señoritas de Adalid, Ruiz, Lopez, Benavente Izquierdo, Mauricio, Iglesias, Conejero, Herranz, Seiquier, Gayá, Sandoval, Pérez Peñalver, Giménez, Bolarrín, Aceña, López Vinadel y otros.

Muchas fueron las máscaras que con sus chispeantes bromas de-

ron mayor realce al baile, llamando la atención por lo caprichoso del disfraz, tres comparsas formadas, una de ellas, por las hermosísimas María y Elisa Alarcón y María García Boffi, que vestían bonito y elegante traje de fantasía, estilo renacimiento.

Otras de reinas de la música, compuesta de Guillermina Terrer, Purita López, Carmen Bullón, señorita de Sagasale, y la otra de clavelones blancos formado por María García Galiana, María Martínez Cutillas, María, Luisa y Pilar Seiquer Serón.

A las tres de la madrugada terminó el baile, saliendo todos altamente satisfechos y dándose cita por no faltar al que se celebró anoche, cuya revista no hago, por lo avanzado de la hora, aplazándola para el número de mañana, para darla toda la extensión que se merezca.

Monte-Carlo.

ERA INOCENTE

Monísima, seductora en el disfraz y tirando como nadie los «confetis» á su admiradores; miradla hoy humilde, reconcentrada pindosa postrada en el tribunal de la penitencia.

Solloza al parecer; oprime el manto sobre su hechicera cara, y esta sobre la regilla por donde los secretos penetran.

Así somos todos cuando el acatá del dolor hace al espíritu recobrar su imperio.

Vamos, vamos, murmuró el confesor, que la desesperación es imperdonable pecado, confía en Dios, que después de haber reído ayer como gentil, no es malo llorar hoy como cristiana.

Y luego murmuró:

(Será muy inocente, pero es demasiado sugestivo el disfraz y el entretenimiento de la «serpentina».

X.

LA CUARESMA

Es la época de contemplación y abstinencia que principia el miércoles de ceniza y concluye el sábado Santo, á cuyo período le de-

nomiamos con el nombre de Cuaresma.

Según unos fué instituida por los Apóstoles; según otros, por los primitivos cristianos que pretendían con esta mortificación imitar á su Divino Maestro, que ayunó en el desierto cuarenta días.

Estos fervorosos cristianos observaban con tal rigor el ayuno, que sólo hacían una comida á puertitas del Sol, tomando á veces por la mañana un poco de pan seco. Durante la comida de la tarde, entonaban en coro, cánticos sagrados, prohibiéndose reír, usar perfumes, ni tañer instrumentos.

Los cristianos llevaban túnicas blancas y sandalias de cuero y ceñían sus talles con cuerdas de esparto.

La duración de la Cuaresma, no fué siempre igual en todas partes. En Egipto duraba seis semanas; en Constantinopla siete; la iglesia griega empezaba á contar esta época, desde el domingo de Quincuagésima.

Los antiguos monjes latinos, observaban tres Cuaresmas de á cuarenta días cada una, cuya costumbre continua con todo su vigor entre nuestras órdenes religiosas.

Por el cánón 8.º del concilio VIII de Toledo, se dispuso que aquel que comiese sin necesidad carne en cuaresma, no pudiese volver á comerla en todo el año y que no se le permitiese comulgar por Pascua Florida, y que los que cayesen enfermos, obtuvieran para ello permiso especial del obispo.

En la iglesia de Oriente se observaba la Cuaresma con tal vigor, que habiendo permitido el emperador Justiniano en 546 que los cortantes abriesen sus tiendas y pudieran vender carne durante la Cuaresma, en razón de la escasez de pescado, vino y aceite, nadie se atrevió á comprarlo, ni á disfrutar de aquella concesión.

Las tropas en activo servicio y hospitales, se sugetaban al rigor cuaresmal en el siglo XVI, siendo necesario que se diese un decreto á ordenanza por el Parlamento de París, en 1575 á fin de que en el Hospital «Hote Dieu», se pudiese vender carne; pero expresando que si bien se concedía aquella gracia al Hospital, no podría ex-

